

hasta que esta vida muera,  
no se goza estando viva:  
muerte no me seas esquivia;  
vivo muriendo primero,  
que muero porque no muero.

.....

El pez que del agua sale  
aun de alivio no carece:  
á quien la muerte padece  
al fin la muerte le vale:  
¿qué muerte habrá que se iguale  
á mi vivir lastimero,  
si muero porqué no muero?

.....

Cuando me gozo, Señor,  
con esperanza de verte,  
viendo que puedo perderte,  
se me dobla mi dolor:  
viviendo en tanto pavor.  
y esperando como espero,  
que muero porque no muero.

.....

Lloraré mi muerte ya,  
y lamentaré mi vida,  
en tanto que detenida  
por mis pecados está.  
¡Oh mi Dios cuando será,  
cuando yo diga de vero  
que muero porque no muero!

## DOÑA CATALINA ERAUSO.

(LA MONJA ALFÉREZ.)

Contraste singular ofrece la vida de la Santa escritora, cuyos apuntes biográficos acaban de ocupar la atención de nuestros lectores, con la de otra muger, cuya celebridad fué debida, no á los trasportes del espíritu sino al esfuerzo de su brazo y á su carácter atrevido, inquieto y aventurero, mas propio de esforzados guerreros que de las tímidas hermosas.

Abierto al valor de los castellanos nuevo mundo por el genio superior de Cristóbal Colon, se precipitaron á aquellas ignotas playas muchos españoles á conquistar estados y naciones enteras con un puñado de valientes para sus monarcas, ó á llevar las civilizadoras verdades de la religion cristiana por medio de la predicacion y del ejemplo. Cortés, Balboa, Ercilla, Las Casas, nombres son todos que recuerdan hazañas ó descubrimientos, victorias ó actos benéficos y que señalan en aquel período de guerras y de conquistas una de las mas brillantes páginas de la historia española. Verdad es que al lado de estos nombres encuéntranse tambien otros que aparecen manchados con enormes crímenes, hijos de la ambicion insaciable y de haber considerado solamente aquella tierra virgen, como rico venero que explotar sin consideracion alguna á los hombres que la habitaban, ya que eran tambien nuestros hermanos. Multitud de aventureros lanzábanse en aquella época, en busca de gloria los unos, de riqueza los otros, de peligros que vencer y que dominar muchos, aventureros

que lograron hacer conocido su nombre, aunque no siempre con envidiable celebridad. Entre aquellos singulares soldados hallóse uno, cuyo extraño carácter y raras aventuras de su vida ofrecen raro contraste con su edad y su primera educacion, pero que es un elocuente ejemplo de la fuerza de las inclinaciones en ciertos temperamentos, que solo consigue vencerse por medio de una educacion adecuada al carácter de la persona. Ni las medicinas curan iguales enfermedades, ni ha de encaminarse igualmente por la senda de la vida á un espíritu inquieto, amante de lo extraordinario, dado á las fuertes emociones y no á los placeres dulces y tranquilos, que á los caractéres contemplativos, tiernos, delicados, y que, como la púdica sensitiva, se replegan en las regiones de la abstraccion y del sentimiento á la sola proximidad de la rudeza, del dolor ó de los mundanos placeres.

Aquel aventurero fué una muger disfrazada de hombre, que pasó en rápida transicion desde el tranquilo retiro del claustro á la agitacion de las ciudades y al ruido de los combates, y que sin embargo de su borrascosa vida, supo conservar tan religiosamente su secreto como la pureza de su cuerpo, guardando la mas severa continencia. Tambien aquella *monja alferez* escribió su vida, y ella nos sirve de guia, siguiendo su narracion para estos apuntes.

«Nací yo, escribe *Doña Catalina de Erauso*, en la villa de San Sebastian de Guipúzcoa en el año de 1585, hija del capitán D. Miguel de Erauso y de Doña Maria Perez de Galarraga y Arce, naturales y vecinos de dicha villa. Criáronme mis padres en su casa con otros mis hermanos hasta tener cuatro años. En 1589 me entraron en el convento de San Sebastian el antiguo de dicha villa, que es de monjas dominicas, con mi tia Doña Úrsula de Unza y Sarasti, prima hermana de mi madre, priora de aquel convento, donde me crié hasta tener quince años, y entonces se trató de mi profesion.»

No debia ser el carácter de la novicia muy propio para la observancia de las severas reglas monásticas, y mucho debia inclinarla su

genio á la vida de aventuras, cuando habiendo tenido, pocos dias antes de su profesion, una riña con una monja llamada Doña Catalina de Aliri, como ésta, equivocando el medio de llevar por buen sendero á la novicia, la maltratase, en la noche del 18 de Marzo de 1600 y en ocasion de hallarse en coro, fingióse indispueta Doña Catalina, salió á los claustros, y de allí á la calle, que apenas habia pisado en su vida. Otro carácter mas en armonía con la timidez propia del bello sexo, hubiera sentido algun temor á los pocos momentos de recorrer sola y sin guia las desiertas calles de la ciudad, y se hubiera vuelto á casa de sus padres ó al convento, procurando borrar con su humildad y obediencia la grave falta cometida; pero nuestra novicia lejos de ello, acomodó á su cuerpo un traje de hombre que pudo adquirir, é internándose en los bosques, anduvo vagando á la ventura y sufriendo todo género de penalidades y trabajos hasta llegar á Vitoria. Ya en la capital de Álava y no teniendo recursos algunos decidióse á servir de criado y entró como tal en casa de un catedrático llamado D. Francisco Cerralt. Pagado éste del despejo del fingido jóven, quiso asegurar su porvenir, dándole carrera, y comenzó para ello á enseñarle latin. Las difíciles reglas de la gramática no agradaban mucho á Doña Catalina, y como su amo y profesor siguiendo la mala costumbre de la época quisiera inculcárselas á fuerza de rigor y severidad, nuestra monja no se anduvo en contemplaciones, y sin despedirse de su amo, tomó el camino de Valladolid, donde entró bajo el nombre de Francisco Loyola, acomodándose como page de D. Juan Idiaquez, secretario del Rey.

La fortuna acercó á la inquieta jóven el medio de volver á sus hogares, y á los autores de sus dias la perdida tranquilidad. Era amigo de Idiaquez el padre de Catalina D. Miguel de Erauso, y como un dia fuera á visitar á D. Juan, le refirió, lamentándose de su triste suerte, la desaparicion de su hija y las diligencias que practicaba para encontrarla, rogándole le prestare su ayuda en aquella dolorosa investigacion. Natural parecia que la inquieta novicia, al ver el dolor de su padre, se hubiera arrojado á sus pies demandándole perdon; pero

Doña Catalina fiel á su carácter emprendió de nuevo la fuga, buscó un arriero que iba á Bilbao, y ajustándose con él salió de Valladolid á la mañana siguiente, sin saber que hacer ni á donde ir, sino *dejándose llevar del viento como una pluma*. A poco de llegar á Bilbao dió nuestra Catalina con su cuerpo en la cárcel donde pasó un mes en castigo de haber herido de una pedrada á un muchacho, que se burlaba de ella: pasó despues á Estella, donde sirvió á un caballero de Santiago: tuvo valor y audacia bastantes para volver á San Sebastian y entrar á oír misa en la iglesia de su convento á la misma hora que lo hacian su madre y hermana; y yéndose despues á Pasages, se embarcó para San Lúcar, y allí tomó plaza de grumete en un galeon de la flotilla, que al mando de D. Luis Fajardo se daba á la vela para las Indias.

El galeon en que iba embarcada, lo mandaba un tío suyo que estaba muy léjos de creer, tenia tan cerca de sí á la sobrina que toda la familia buscaba; y como al llegar á la punta de Araga trabase la flota combate con los holandeses, demostró Doña Catalina tanto arrojo que llamó la atencion de su jefe y pariente, á cuyas órdenes se distinguió en la lucha. Considerada por su valor llegó á Cartagena de Indias y al Nombre de Dios, mereciendo siempre de su tío y capitán las mayores distinciones; pero como si ya le cansase aquella vida, sin pararse en lo feo de su delito ni en la ingratitud de su accion, robóle á su tío quinientos pesos, y escapándose con ellos, colocóse en casa de un rico mercader llamado Juan de Urquiza en la villa de Sana, donde pasó algun tiempo en mas tranquila ocupacion, hasta que otra nueva aventura, hija de su violento carácter, fué causa de que abrazara decididamente la profesion de las armas.

«Estábame yo un día de fiesta en la comedia, dice nuestra Doña Catalina, en mi asiento que habia tomado, y sin mas atencion, un fulano Reyes, vino y me puso otro tan delante y tan arrimado, que me impedia la vista. Pedile que lo apartase un poco, respondió desabridamente, y yo á él; y dijome que me fuese de allí, que me cortaria la cara. Yo me hallé sin mas armas que una daga, salíme de allá con

sentimiento: entendido por unos amigos me siguieron y sosegaron. El lunes por la mañana siguiente, estando yo en mi tienda vendiendo, pasó por la puerta el Reyes, y volvió á pasar. Yo reparé en ello, cerré mi tienda, tomé un cuchillo, fuíme á un barbero, y hicelo amolar y picar el filo como sierra; púseme mi espada que fué la primera que ceñí; vide á Reyes delante de la iglesia, paseando con otro; fuíme á él por detrás, y díjele. ¡Ah Señor Reyes! Volvió él y dijo: ¿Qué quiere? Dige yo: esta es la cara que se corta, y doyle con el cuchillo un refilon de que le dieron diez puntos: él acudió con las manos á su herida, su amigo sacó la espada y vino á mí; yo á él con la mia; tirámonos los dos, y yo le entré una punta por el lado izquierdo, que lo pasó, y cayó. Yo al punto me entré en la iglesia que estaba allí. Al punto entró el corregidor D. Mendo de Quiñones, del hábito de Alcántara, y me sacó arrastrando, y me llevó á la cárcel, y me echó grillos y metió en un cepo.

Apenas libre de esta prision por las reclamaciones del Obispo, fundado en la violencia que se habia hecho al asilo, y por el afecto que al fingido criado profesaba su amo, el cual no perdonó medio hasta conseguir su objeto, nueva y mas risible aventura obligó á Doña Catalina á dejar á Sana.

Hubo una dama que se enamoró perdidamente del supuesto manco, y no sabiendo de que modo librarse del gran conflicto en que le ponía la intempestiva pasion de aquella señora, marchó á Trujillo donde su mala aventura le presentó delante á Reyes y á su amigo. Luchó con ambos; venció al primero, mató el segundo, y para huir las persecuciones de la justicia, pasó á Lima donde entró á servir á un mercader. Bien pronto hubo éste de despedirla *por haberla sorprendido enamorando á su hija*, y ya cansada de andar de una casa en otra, sentó plaza de soldado en la compañía de Gonzalo Rodriguez con el nombre de Alonso Diaz Ramirez de Guzman, partiendo poco despues para la Concepcion de Chile. Allí encontró en casa del gobernador á su hermano D. Miguel de Erauso, y tuvo bastante presencia de espíritu para estar hablando con él, respondiénd-